

tisfecho con esta respuesta, é infiriendo de ahí que su amo estaba dispuesto á continuar con sus larguezas, con frecuencia lo guardaban todo bajo llaves, pero entonces el santo Obispo se despojaba de sus vestidos interiores para vestir á los pobres.

Esto fué lo que ocurrió un dia en que, afligido con el espectáculo de un pobre casi desnudo, le dió la camisola nueva que llevaba debajo de la sotana, encargándole el secreto; y sufrió el frio todo el resto del dia hasta que, habiéndolo notado el criado al tiempo de acostarse, le dió otra (1).

Finalmente, todos los años el jueves santo servia la comida á doce pobres, y les distribuia una suma considerable, despues de haberles lavado los pies con un continente piadoso y humilde, que edificaba á todos los asistentes, y de haberselos besado con ternura (2).

Todos los religiosos que, pasando por Annecy, no tenia allí casa de su órden, como tambien todos los eclesiásticos que se presentaban, eran recibidos en el palacio. El santo prelado cuidaba de que nada les faltase, y unia á estos buenos oficios un afecto fraternal y cordial, que agradecian mas aún que el beneficio de la hospitalidad (3). Los recién convertidos que iban de Ginebra ó de otros lugares á refugiarse á Annecy, recibian tambien una parte de sus larguezas en relacion con sus necesidades. Si su posicion lo exigia, pagaba su hospedaje en la ciudad ó los conservaba consigo, y á veces hasta pagaba á algunos jóvenes el aprendizaje de algun oficio, colocaba á las jóvenes al servicio de señoras virtuosas, ó las proporcionaba el dote necesario, bien para entrar en un convento ó bien para casarse. Los pobres vergonzantes no quedaban olvidados en las solicitudes del caritativo pastor; tenia una lista cir-

(1) Dep. de Legay, del canónigo Gard y de Claudio Girod, el mismo que recibió esta camisa, y que la guardó toda su vida como una reliquia.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.—Dep. de Angélica de la Pesse.

(3) Dep. de Rendu.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

cunstanciada de ellos, y se informaba con discrecion de todas sus necesidades, haciéndoles llegar sus limosnas de modo que no se ofendiera su delicadeza; y no pueden contarse, refiere un testigo ocular, á cuántos socorria así (1).

Por lo que hace á los pobres á quienes la enfermedad impedia ir á buscar su limosna, iba el mismo á llevársela hasta los rincones mas oscuros y hediondos, hasta los graneros y los establos. Unas veces les llevaba los socorros en dinero, otras les hacia llevar alimentos cuando podian comer, se lo partia él mismo en pedazos en el plato para evitarles este trabajo (2), y les prestaba con sus propias manos los mas humildes servicios. Un dia que querian impedirle se acercara á un pobre anciano á causa del mal olor que exhalaban sus enfermedades: «Dejadme, dijo, »que los malos olores de los pobres son para mí rosas.» Visitaba igualmente una ó dos veces en la semana las cárceles y los hospitales, aliviando y consolando á todos los que sufrían, é invitándolos por medio de dulces insinuaciones á que se confesasen y comulgasen (3).

Cuando se ausentaba, hacia que continuaran sus limosnas como si estuviera en Annecy; y además de estas larguezas de su caridad, proveia tambien á todas las necesidades de los monasterios y de las casas donde acogian á los indigentes, cuidando con una solicitud paternal de que no faltara nada de lo necesario á los que le rodeaban. Poniendo en práctica una caridad fuera de la regla comun, y que no nos atreveríamos á poner por modelo, distribuia aun en el santo tribunal, á sus penitentes pobres, una limosna proporcionada á sus necesidades, y les decia que reclamaran por este medio, si les convenia mejor, socorro en su necesidad. A los pobres que rehusaban confesarse, no dejaba por eso de socorrerlos; y con frecuencia daba grandes limosnas á las mujeres que le prometian salir del

(1) Dep. de Bonart.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

(2) Dep. de la Hermana Flores.

(3) Dep. de Favre y de Baztay.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

desórden en que vivian; y cuando, infieles á su palabra, continuaban en la misma vida, no por eso cesaba de hacerles bien. «Esto es tiempo y dinero perdido, le decian.—» ¡Ay! contestaba, la miseria humana es tan grande! Es preciso tener compasion, y no desesperar nunca de la conversion de nadie.» (1).

Algunas veces, en vez de pedir á título de limosnas, le pedian á título de préstamo, y condescendia gustoso, no porque contara mucho con la restitution, sino porque este modo de dar era menos humillante. Habiendo un dia, un hombre de mediana condicion, recibido de él doce escudos en calidad de préstamo, quiso estender el recibo correspondiente. «No es necesario, dijo Francisco, me fio en vuestra palabra; y por lo demás, no es una suma tan grande que su pérdida me cause un grave perjuicio. No os inquieteis por devolvérmelo, pues os aseguro que no os lo pediré nunca.» Este hombre, demasiado orgulloso para querer aparecer que recibia una limosna, contestó que devolvería la suma recibida al cabo de un mes y que no la aceptaria sin un recibo. Francisco dejó que lo hiciese, y habiendo vuelto al cabo de un mes para pedirle prestado otros diez escudos, sin hablarle de los doce que le debia, Francisco le entregó su recibo diciéndole, «no me pedís prestado mas que diez escudos, pues ahí teneis doce que os doy de todo corazon.» Habiéndole pedido otro veinte y queriendo tambien darle recibo, el santo Obispo, que no tenia siempre sumas como esta á su disposicion, no queriendo tampoco despachar á este importuno descontento, fue á buscar diez escudos, y le dijo: «He encontrado un espediente que nos hará ganar á los dos diez escudos, si me quereis creer.—¿Cuál es, monseñor? le dijo al punto.—Nada mas facil, dice Francisco: no tenemos vos y yo mas que abrir la mano; tened, ved ahí diez escudos que os doy sin retribucion en vez de prestaros veinte,

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

»vos ganareis así esos diez escudos, y yo miraré los otros diez como ganados si me dispensais de que os los preste.» A este hombre le pareció muy bien este espediente, y se separó fuera de sí por la bondad de su caritativo pastor (1).

Parece increíble que con una renta tan corta fuera posible hacer frente á tantas obras de misericordia, sin perjudicar al gasto de la casa episcopal, que el santo prelado mantenía siempre en un pié decoroso y digno de su posicion. Esto es un misterio que los contemporáneos no han podido explicar, y que han mirado como un milagro, ó al menos una sensible prueba de todo el bien que puede hacer la caridad con medianos recursos, cuando es ella misma la provisor de la casa. Rolando, aquel fiel servidor del santo Obispo, que era el que administraba todas las rentas, no aceptaba del todo esta doctrina y á menudo ponía dificultad en dar dinero para las limosnas; pero siempre Francisco le obligaba á ello, asegurándole que no debia afligirse, con tal que cada año pudiese enlazarse con el siguiente, pues Dios proveeria á todo y no permitiría que llegara á faltar lo necesario por haber ejercitado la caridad con sus siervos (2); como en efecto la esperiencia lo demostró.

Sin embargo, por tierna que fuera la caridad de Francisco de Sales para con las necesidades del prójimo, era mas admirable aún para con sus defectos. «Es preciso,» decia, que los hombres tengan paciencia unos con otros, »y los mas valientes son los que toleran mejor los defectos de los otros.... Es una gran parte de nuestra perfeccion »tolerarnos mutuamente en nuestras imperfecciones, y el »amor del prójimo en nada puede ejercitarse mejor que en »esta tolerancia (3). Es facil amar á los que tienen un carácter amable y complaciente; pero amar á los que tienen, por el contrario, un carácter molesto y desagrada-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. VI y VII.

(2) Dep. de Miguel Favre.

(3) Carta CCCXLIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XII.

»ble, es la verdadera piedra de toque de la caridad.» (1)
 «Es preciso, decia tambien, tener un corazon dulce y
 »bueno con el prójimo, particularmente cuando nos es
 »molesto y nos disguste, porque entonces no tenemos en
 »él nada que nos le haga amar, sino el respeto del Salva-
 »dor, que hace en esta ocasion el amor mas escelente y
 »mas digno, porque está mas limpio y purificado de lo que
 »es caduco.» Por esto el santo Obispo insistia vivamente,
 tanto en sus conversaciones como en sus escritos, sobre
 ciertas virtudes que decia no eran bastante estimadas; á
 saber: la cordialidad, la paciencia, la afabilidad, la bon-
 dad, la tolerancia con los defectos de los otros; y conside-
 raba una ilusion imaginar que se pueden hacer grandes
 cosas por el prójimo cuando no se sabe tolerar los genios
 bruscos, desatentos, y sobre todo las importunidades de
 algunas personas que, en cosas de nada, vienen á mole-
 tarnos fuera de tiempo é inoportunamente (2).

Fiel á estos principios, Francisco toleraba los defectos
 de todos, se acomodaba al carácter de cada uno, conversaba
 gustoso con las personas mas groseras y de baja condicion,
 sin desdeñar á nadie por pobre y miserable que fuese.

Finalmente, sufría á todos sin hacer nunca sufrir á
 nadie, y recomendaba á todos hicieran lo mismo. Un dia
 en que por obedecer al médico se paseaba por el jardin
 de una casa religiosa que habia establecido en Annecy,
 gran parte á sus espensas, oyó á un religioso hipocon-
 dríaco murmurar de que el Obispo fuera á interrumpirle
 en sus meditaciones, por lo cual salió al punto del jardin
 sin quejarse, y se fué á pasear en medio del campo (3).
 «Otro dia, dice Mr. de Belley (4), me quejaba de algunos
 »nobles del campo que, siendo pobres como Job, tomaban
 »aires de príncipes y de grandes señores, y elogiaban sin
 »cesar su nobleza y los altos hechos de sus antepasados.—

(1) Carta DCCLXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, s. VIII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXV.

(3) Dep. de Passis.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. VIII.

»¿Y por qué pretendéis, me contestó graciosamente, que
 »estas gentes sean doblemente pobres? Ellos se contentan
 »con su pobreza pensando que son ricos de honor; eso es
 »una debilidad de espíritu que se debe tolerar.» Habiendo
 pedido á la santa Madre Chantal una señora de distincion,
 cuya conducta en el mundo habia sido poco cristiana, le
 permitiera retirarse á la Visitacion, esta consultó al santo
 prelado. «No me pidais consejo para eso, le dijo, soy par-
 »cial por la caridad.»

En efecto, parecia tener una ternura particular hácia
 las personas que tenian alguna falta en su inteligencia,
 en su corazon ó en su cuerpo. No habiendo sido admitida
 una novicia en la Visitacion, porque se creia su rusticidad
 incompatible con las virtudes necesarias para vivir en co-
 munidad, lo sintió mucho. «¿Acaso, madre mia, dijo á
 »santa Juana Francisca, se atiende mas á las imperfeccio-
 »nes de la naturaleza que á la buena voluntad de un alma,
 »que tiene valor de hacerlo todo para corregir sus faltas y
 »cumplir con los deberes de su vocacion? Madre mia, aña-
 »dió, ¿cuántos votos tiene en su favor?—Habiéndole dicho
 »el número: Son mas de la mitad, contestó, decid á nues-
 »tras hermanas que la novicia es recibida, y que sin falta
 »vendré tal dia á recibir sus votos.» (1)

Otra vez se presentaron dos jóvenes para ser religio-
 sas, pero con la condicion de no dejar una sus pendientes
 y la otra una sortija de cristal que llevaba en el dedo. La
 Madre Chantal y la comunidad no querian admitirlas; pero
 el santo, conociendo que fuera de esto tenian una verdade-
 ra vocacion, las recibió por su propia autoridad, diciendo
 que se debía tolerar al prójimo hasta en sus bagatelas; y
 bien pronto las nuevas religiosas, reflexionando por sí
 mismas sobre su vanidad, arrojaron aquel inútil adorno,
 avergonzadas ante Dios y ante los hombres de una pre-
 tension tan ridícula (2).

(1) Apuntes de la Madre Greffier, p. 21.

(2) Idem, p. 17.

A esta indulgencia con los defectos del prójimo correspondía una aversión igual á la maledicencia que los censura y publica. «Si se quitara la maledicencia del mundo, decía, se quitarían la mayor parte de los pecados (1). Por eso no podía sufrir que se hablara desfavorablemente de nadie; y cuando se atrevían á tener este lenguaje en su presencia, procuraba escusar el mal que se refería. «Si una falta tuviera cien caras, decía, sería necesario mirarla siempre por el lado mejor.» Si no podía atenuar su gravedad por ser cosa demasiado evidente, en seguida exclamaba levantando los ojos al cielo: «¡Oh, qué grande es la miseria humana! *Sciánt gentes quoniam homines sunt.* ¡Qué violentas son á veces las tentaciones! (2) ¡Qué momentos tan tristes tiene el corazón humano!» Otras veces decía: «¡Ay! sin la gracia que nos ha preservado ó sostenido, hubiéramos hecho cosas quizás peores y estaríamos ya en el infierno (3). ¿Quién sabe si se convertirán, y serán un día grandes santos? Los mas grandes pecadores se convierten á veces en los santos mas ilustres, como David y San Agustin.»

Un día, refiere de él el Obispo de Belley, se hablaba delante de él de una persona que había cometido una falta muy escandalosa, y como se ponderase mucho este escándalo: «¡Oh, miseria humana, miseria humana!» exclamó. Viendo que continuaban hablando de lo mismo: «¡Oh, qué rodeados estamos de enfermedades,» añadió. Observando que todavía seguían: «¿Y qué otra cosa podemos pretender por nosotros mismos sino caídas?» exclamó. «¡Ay, obraríamos quizás peor si Dios no nos tuviese de su mano!» Finalmente, viendo que estas reflexiones no contenían á las malas lenguas, les cerró la boca con estas palabras que los sucesos probaron eran proféticas: «Esta falta será causa de su salvación, la sentirá vivamente y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIV.
 (2) *Idem*, p. XVI, sec. XLIII.
 (3) *Idem*, p. III, sec. XXVI.

«la reparará con una santa vida.» (1) «Es maravilla, exclamó en otra ocasión semejante (2), que se tenga tanta caridad con la castidad, hasta tomar su defensa cuando está herida, y que se observe tan poco la castidad de la caridad, es decir, la pureza, la integridad de esta virtud, que es, sin embargo, la madre, la reina y el alma de las demas.»

Desenvolviendo luego este doble pensamiento, evitó así la maledicencia que lastimaba sus oídos. No fué menos ingenioso en hacer callar á otro censor que denigraba el saber de un sacerdote, al mismo tiempo que alababa su virtud. «Es cierto, dijo, que la ciencia y la piedad son los dos ojos de un buen eclesiástico; pero así como no se deja de recibir á las órdenes á los que no tienen mas que un ojo, sobre todo si es el del cánón, así un sacerdote que tiene el ojo del canon, es decir, la vida ejemplar y canónica, puede ser un buen religioso. Si no tiene el talento que brilla en el púlpito, basta que pueda exhortar y reprender. Dios hizo instruir á Balaam por medio de su burra.»

Sin embargo, el santo Obispo no quería que nadie se turbase con las palabras importunas que oye á pesar suyo en la sociedad. «En las conversaciones, decía (3), quedaos en paz con todo lo que se dice ó hace; porque si es bueno, teneis motivo para alabar á Dios, y si es malo, teneis ocasión de servir á Dios apartando de ello vuestro corazón, sin hacer el papel del admirado ó del disgustado, porque no podeis mas, y no teneis bastante crédito para impedir las malas palabras de los que las quieren decir, y que las dirían aun peores si se manifestara quererlas evitar. Obrando así, permaneceréis inocentes entre los silbidos de la serpiente, y como una amable fiera, no contraereis ningun veneno con el trato de las lenguas venenosas.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XII.
 (2) *Idem*, p. I, sec. XXIV.
 (3) *Idem*, p. XV, sec. XX.

Las burlas del prójimo no contristaban menos que las murmuraciones el corazón tan bueno del santo Obispo. Cuando las oía manifestaba su disgusto con la tristeza de su semblante y cambiaba la conversacion; ó si no podía, no temia decir á los que se burlaban: «¿Quién os ha dado derecho para divertirnos á espensas del prójimo? ¿Quisiérais que os tratasen así, haciendo anatomía de vuestros defectos? Divertirse buscando los defectos de los otros, es señal de que no se ocupa uno nada de los suyos.» Habiéndose un día una señorita permitido poner en ridículo los defectos naturales y las facciones desgraciadas de otra, el santo le dijo con bondad: «Dios es el que nos ha hecho; no nos hacemos á nosotros mismos, y las obras de Dios son perfectas.»

A estas palabras, la señorita empezó á reir diciendo que no encontraba á aquella persona perfecta. «Señorita, le contestó, su alma es mas recta, hermosa y mejor que la vuestra.» (1) No contento con desterrar de las conversaciones las palabras contra el prójimo, no queria que se censurasen los defectos de un país ó de una provincia. «Se debe, decia, evitar el murmurar de las naciones, porque si bien todas tienen sus defectos, todas tienen también sus escelencias particulares, y porque además eso no sirve mas que para sembrar disgustos y querellas.» (2)

Por fin, tanta era la caridad del prelado con los defectos del prójimo, que prohibia hasta el pensamiento desfavorable sobre la salvacion de los que, despues de haber vivido mal, mueren sin haber dado señal de arrepentimiento. «No los condenemos, decia, pues nuestras conjeturas podrian engañarnos, porque la perseverancia final no se decide por el mérito. Dios se ha reservado el secreto de aquellos á quienes lo da.» Para confirmar esta verdad, contaba lo que habia oido decir á un predicador sobre la muerte de Lutero. «¿Quién sabe, decia este, si á la

(1) *Espritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XI.

(2) El P. la Riviere, máx. XXVII, p. 570.

hora de la muerte no le dió Dios su gracia eficaz? Es cierto que si no se ha condenado, se ha escapado del modo mas sutil que jamás en hombre alguno se vió en el mundo; pero en fin, debemos tener una grande idea de la bondad de Dios, que es infinitamente rico en misericordia con los que lo invocan. Jesucristo que ofreció su paz, su amor y la salvacion á su discípulo traidor; ¿por qué no hubiera podido ofrecer la misma gracia á este desgraciado heresiarca?» Y de ahí deducia el caritativo prelado que no se debe nunca desesperar de la salvacion de nadie, ni deshorrar la memoria de los muertos (1).

La misma aversion que tenia el santo Obispo á la maledicencia, tenia á los pleitos, considerándolos como la ruina de la caridad entre los hombres. «Os aconsejan que pleiteeis por cien escudos, dijo un día á las hermanas de la Visitacion, y yo os aconsejo que no lo hagais por mil. Sería difícil que un santo se conservase tal entre pleitos. *Litigare et non insanire via sanctis conceditur* (2). Nunca, añadió, pleiteó Nuestro Señor, aunque le hicieron mil injusticias. No censuro á los que pleitean con tal que sea justamente; pero yo digo, yo escribo, y si fuera necesario lo escribiría con mi sangre, que el que quiera ser perfecto é hijo de Jesus crucificado, debe practicar esta doctrina: evitad los pleitos. Por mucho que el mundo murmure, y que la prudencia de la carne se despeche, las palabras de Jesucristo deben ser preferidas. Al que quiere quitarte tu túnica en juicio, dale también tu capa (3). La paz es una santa mercancía, que merece comprarse á un precio subido.» (4) Informado un día de que un padre y un hijo pleiteaban uno contra el otro por un negocio de interés, los llamó. «Y bien, les dijo, ¿á cuánto asciende lo que litigais? Ahí teneis mis candeleros de plata, tomadlos y no disputéis mas.»

(1) *Espritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XXVIII.

(2) Juan de San Francisco, p. 446 y 447.

(3) Carta DCCXCIV.

(4) Carta DCLXIII.

El caritativo pastor empleaba una parte de sus días en oír á los que tenían pleitos ó querellas, de las que le hacían árbitro, en lo cual ocupaba á veces días enteros, tanto que se veía obligado á rezar de noche el Oficio y los demás ejercicios espirituales. Oía tranquilamente lo que tenían que decirle las partes, sus abogados ó procuradores, sin quejarse nunca de verse contrariado en sus negocios, sin manifestar ningun disgusto y con un afecto igual con todos, que provenia del recogimiento de su espíritu en Dios. «Porque, decia, es preciso tratar los negocios de la tierra con los ojos fijos en el cielo.» Luego decidia segun su conciencia, y los despedia á todos contentos. Esto lo refiere él mismo en una de sus cartas: «He estado ocupado en arreglar algunos negocios, dice (1), y mi casa ha estado llena de pleitistas; pero los he arreglado tan bien con la satisfaccion de ambas partes, que se han retirado en paz y tranquilos.»

La caridad de Francisco de Sales no se limitaba á los vivos, sino que seguia á los muertos hasta mas allá del sepulcro, y no era menos tierna para ellos que durante su vida. «¡Ay! decia (2), no nos acordamos bastante de nuestros amados difuntos; su memoria parece perecer con el sonido de las campanas, y nos olvidamos de que la amistad, que puede concluir con la muerte, no fué nunca verdadera: *L'amicicia che può finire, non fu mai vera*; y la Escritura misma nos enseña que el verdadero amor es mas fuerte que la muerte (3). Decir mal de los muertos es una inhumanidad comparable á la de las bestias feroces, que desentierran los cuerpos para devorarlos: decir bien para escitarse á imitarlos, es cosa loable; pero socorrerlos es cosa mejor aún, porque es como visitar á los enfermos, es dar de beber á los que tienen sed de la vision de Dios; es alimentar á los hambrientos, es rescatar

(1) Carta CXV.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XV.

(3) Cantic. VIII, 6.

»á los prisioneros, vestir á los desnudos, y procurar la hospitalidad en la Jerusalén celestial; es consolar á los afligidos, enseñar al que ignora, hacer, en fin, todas las obras de misericordia en una sola.» (1) Por esto no se olvidaba de rogar y ganar indulgencias por las almas del purgatorio, y recomendaba á sus penitentes esta práctica como muy agradable á Dios (2).

CAPITULO X.

Su dulzura (3).

La dulzura reasume en algun modo toda la vida de San Francisco de Sales, siendo esta virtud la que constituyó desde su infancia hasta su último suspiro su caracter distintivo. Si hizo tan grandes cosas, fué por el imperio de su dulzura; si convirtió á tantos pecadores y herejes, si elevó á la perfeccion á tantas almas justas, consoló tantos corazones afligidos, fué por la uncion de su dulzura; si, en fin, los libros que compuso produjeron y siguen produciendo aún todos los días tanto fruto en la Iglesia, es porque la dulzura se manifiesta en todas sus páginas y parece haber escrito ella misma todos sus renglones.

Sin embargo, la dulzura no le era innata, si puede decirse así, siendo su temperamento muy sanguíneo, naturalmente vivo, impaciente, colérico (4), y diciéndonos él mismo, que siendo Obispo se dejó una vez llevar de su carácter. «No se debe nunca, escribe en su carta sobre la predicacion (5), manifestar cólera predicando, como lo hice el día de Nuestra Señora, cuando tocaron antes que hubiese acabado, lo cual, añade, fue sin duda una de mis

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XVI.

(2) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de noviembre.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 32, p. 107.

(4) Juan de S. Francisco, p. 383.

(5) Carta LXII.